

El Mercurio, Santiago de Chile, 1 de abril de 1878.

En seguida publicamos una carta que el infortunado Pozo dejó a don Joaquín Gómez y en la cual expone todos los acontecimientos en que él tomó parte:

“Último recuerdo a mi apreciado amigo el señor don Joaquín Gómez”

Estimado amigo: -En los últimos momentos de mi vida he acordado dar a usted un detalle de toda la parte que tomé en el motín estallado en Punta Arenas en la madrugada del 12 de noviembre del año último.

Como a la una y media de la mañana del citado día, fui recordado por el centinela que se encontraba en el piso superior del cuartel, soldado Juan Casanova, y me dijo que la compañía se había sublevado. Inmediatamente recordé a los cabos segundos José Antonio Salazar, Martín Huichaquelén, y el cabo primero Francisco Méndez, encontrándose este último en estado de ebriedad. Comunicué a ellos lo que decía Casanova y les propuse la huida al monte, a lo que me contestó Salazar que mejor sería que bajáramos y nos enterásemos bien de lo que sucedía.

Convine en esto, porque en compañía de ellos y varios otros que pudiéramos reunir, podríamos formar una contra-revolución y llamarlos todos al orden.

Inmediatamente bajé del torreón en compañía de Salazar y Huichaquelén, y cuando ya me encontré en la cuadra donde dormía la tropa, noté que un paisano estaba de centinela en la puerta de la habitación del sargento 1º de la compañía. Interrogué a éste sobre lo que ocurría y me dio la misma contestación y que él se encontraba de orden de los amotinados custodiando al sargento 1º Belisario Valenzuela.

A este tiempo llegaron varios dando las voces de *armarse*, y entonces me dice Valenzuela desde adentro: -*Pozo, toma mi sable y mi bandolera*, lo que no pude efectuar por estar la puerta con llave.

Acto continuo procuré armarme con una carabina: los cabos que habían bajado conmigo ignoro qué se hicieron. Luego después me resolví a salir fuera del cuartel. Los disparos seguían con frecuencia hacia la gobernación. Tanto por la oscuridad de la noche como por la ligereza con que me separé de ese lugar, no pude saber cuántas eran las piezas de artillería que habían y menos conocer las facciones de los individuos que las servían.

Tan pronto llegué a la plaza, me encontré con el cabo Riquelme y varios otros de los amotinados que lo rodeaban, y me dijo que en mí tenía mucha desconfianza y que pensaba hacerme fusilar. Por temor a lo que me decía, le dije que si él me hubiese comunicado sus intenciones, con mucho gusto habría aceptado y que desde luego me ponía a sus órdenes. Todo esto que le dije no fue nada más que por librarme de una muerte segura y ver [el] modo después de formar una contra-revolución si me era posible.

Incontinenti me separé de él dejándolo en la plena confianza que no le haría traición, y me junté con los soldados Moisés Serrano y Domingo Albornoz, y los relegados Baldomero Carroza y Ascensio Veloso, los cuales se encontraban en perfecto

estado, pues la demás gente estaba entregada a la borrachera y a toda clase de desórdenes.

Me fui con ellos a la casa del comerciante Domingo Guerrero y encontramos a las señoras en extremo alarmadas: me vi con ellas y les dije que no tuvieran cuidado, que yo iba a hacer todo lo posible por llamar [a] la gente al orden. A este tiempo pasaba por dicha casa el soldado Alejandro Rojas y le dije que tuviera a bien quedarse cuidando esa casa para que la gente ebria no fuera allí a cometer desórdenes. Desde allí me dirigí en dirección de la casa de don Emilio Braun y vi que estaba entregada al saqueo. Vi [el] modo, con buenas palabras, de hacer salir a esos individuos. El único que recuerdo de ellos es el relegado Antonio María Carrasco. De ahí me fui hacia la casa de la señora María Pinto, donde encontré varios soldados que pedían licor por fuerza y la amenazaban de darle muerte.

Viendo esto hice lo posible por apaciguarlos, pero no lo podía conseguir, hasta que hube que usar [sic] de la fuerza, exponiendo mi vida ante aquellos bárbaros que andaban a mano armada saqueando. El primero que me hizo los puntos con una carabina fue el soldado Patricio Aguayo, el cual no me dio tiempo para levantar la mía, pero sí para írmele al cuerpo, y en compañía de Carroza logré desarmarlo.

De ese lugar me fui hacia la casa del señor Roig, comerciante de esta colonia: allí no pude hacer nada por la multitud de gente que había.

Encontrándome nuevamente en la plaza, encontré en ella al alférez Ramírez y me preguntó si yo también estaba comprometido, a lo que le contesté que andaba obligado por la fuerza. Me separé de él y recorrí varias calles de la población por ver si podía separarme de la colonia, lo que no pude efectuar porque grandes patrullas recorrían las salidas del pueblo e impedían salir. Luego después[,] llego nuevamente a la plaza y veo en tierra muerto al cabo primero Francisco Méndez, y herido al alférez Ramírez en la frente, por la misma bala que había dado muerte a Méndez.

Pregunto cuál había sido el motivo de la muerte de Méndez y me contestaron que había mandado al soldado Dámaso Figueroa, que arriara una bandera lacre que éste llevaba, y como no le obedeciera le hizo los puntos, pero Figueroa anduvo más ligero y le dio muerte a él.

La tropa seguía formada en la plaza y Riquelme me ordenó sacara de la prisión a los oficiales Olavarría y García para hacerlos fusilar. Cumplí con la orden de éste y les hice ver a estos señores lo que pensaba hacer Riquelme, y les supliqué que le dijeran que eran de su opinión, a lo que me contestaron que así lo harían. Llegada la hora en que se los presenté a Riquelme, le hice presente que era una barbaridad fusilar a esos hombres que a nadie hacían mal; accedió éste a mi pedido, librando a estos caballeros de la fatal suerte que les aguardaba, aunque ellos me han pagado con sus declaraciones con la más bárbara ingratitud.

En ese momento me llamó Riquelme, y por la fuerza me hizo escribir una orden para que viniera la tropa que se encontraba en “Agua Fresca”. Me separé de él; pasé por la tenencia de ministros al tiempo que los amotinados descerrajaban la caja. Mis intenciones al ir a ese lugar fue [sic] de impedir, si podía, su fractura, pero no lo pude efectuar porque los centinelas me prohibieron la entrada: lo único que supe fue que Riquelme se encontraba dentro.

Después de haber salido de dicha casa me encontré con el señor Manuel J. Muñoz, ingeniero tercero de la armada nacional y me preguntó si acaso me encontraba también comprometido, a lo que le contesté que andaba por la fuerza, lo que él sintió en extremo al verme complicado en aquel horrible motín. En ese momento llegó el cabo Riquelme y le preguntó a este señor qué era lo que hacía, a lo cual contesté que era un amigo mío y nada temiera de él. A ese tiempo llegó un soldado con un parte que le mandaba desde su prisión el primero Valenzuela, el cual me lo hizo leer Riquelme y decía así: –“*Riquelme: te acompaño en lo que pueda. Tuyo.*– VALENZUELA.” Ese papel lo guardé yo.

Tan pronto como me separé del señor Muñoz y de Riquelme, me dirigí a la casa del señor Santiago Díaz, acompañado del cabo segundo José Nieves Novoa, que encontré en la plaza. Una vez que llegué a la casa de dicho señor, le conté todo lo que me pasaba, por lo que mostró gran sentimiento de verme en un horroroso motín. En compañía de él se encontraba el señor Muñoz, de quien ya he hablado, y de su hermano señor Damián Díaz. Fuera de la casa de este señor se encontraba un relegado muerto llamado Pablo Ramírez. El señor Díaz me ofreció licor; yo andaba un poco enfermo y no quise admitirlo, pero tanto esto como el señor Muñoz me obligaron a tomar una copa de cerveza, la cual admití por sus exigencias.

Cuando me despedí de esa casa pasé por la de un señor Ballester: ahí, como en la casa de Bloom, hice salir varias personas de las que allí saqueaban. Estuve también en la casa del comerciante señor Tobías Adams, en la que pasaba igual cosa. En dicha casa-tienda habían muchos que pedían licor por la fuerza, y teniendo yo algún dinero que un soldado me había dado, dí a este señor diez pesos para que les sirviera que beber. Un soldado, que vivía en casa de este comerciante, llamado Hijinio Venegas, me invitó a tomar una taza de té, la cual acepté. En esto estaba cuando la esposa del señor Adams me dice que un soldado había quitado el reloj a su marido, amenazándolo de muerte; intervine en esto haciendo devolver a su dueño, que era de valor de cien pesos, según él mismo me dijo.

Toda la tropa, relegados y colonos seguían saqueando los almacenes. Salí de la casa de este caballero ya nombrado, y fui a la de doña Balbina Ruiz de Díaz. En esta casa estuve un momento. Al llegar allí me encontré con un soldado llamado José Santos Gatica, el cual llevaba mucha ropa de paisano. Me cambié de traje y me vine en dirección de la plaza. Cuando llegué a ella me encontré con Riquelme y me ordenó fuera a la prisión del capitán de puerto y con buena custodia lo llevara a hacer fondear el vapor alemán que ya lo habían avistado.

Encontrando yo una buena oportunidad para escaparme, le dije que con todo gusto iría y que no necesitaba custodia para él; que yo me comprometía llevar a cabo su proyecto. Quedó Riquelme muy satisfecho de mi respuesta y ordenó se me entregase al señor Olavarría, al cual conduje a la playa sin ninguna custodia.

Tan pronto me vi libre, mi primera intención fue de irme a Montevideo y dar noticia de lo ocurrido al ministro plenipotenciario de Chile en esa república.

Haría como un cuarto de hora que estábamos en la playa y no podía encontrar bogadores. De repente apareció un alemán llamado Jorge, el maestro de víveres Chávez, un muchacho de poca edad, Manuel Palavicino, el soldado de artillería Nicanor Aburto, los relegados José del Tránsito Peña y Saturnino González y el marinero de la capitania Carlos Treviño.

Cuando estábamos listos para echar el bote al mar, llegó con una pieza de artillería el soldado Jerónimo Gutiérrez y con otra el de igual clase Dámaso Manuel Figueroa. Este último quería que lleváramos una pieza de artillería en el bote, a lo que yo no quise acceder, ni tampoco Gutiérrez. Les dije que si querían embarcar alguna pieza lo hicieran en otro bote e inmediatamente echamos el bote al agua. Cuando íbamos enfrente del muelle nos hicieron una descarga de fusilería con la que no nos hicieron daño ninguno.

Luego que ya tuvimos por trinchera el muelle, el capitán de puerto mandó apurar la boga, y cuando íbamos cerca del vapor, que estaba aguantándose sobre su máquina, nos hicieron varios disparos de cañón no logrando dar al bote con ninguno de sus proyectiles. Durante el trayecto de la playa al vapor *Memphis*, dije al capitán de puerto que mis intenciones eran huir y dar cuenta en Montevideo de lo ocurrido en la colonia a la autoridad chilena que en esa república se encuentra.

Las armas de los que bogaban iban en el fondo del bote como igualmente mi carabina que yo llevaba consigo [sic]. Tan pronto llegamos a bordo del vapor hicieron izar la chalupa: a todos los que bogaban les dieron habitación en tercera clase: el capitán de puerto Olavarría y el maestro de víveres Chávez fueron en la primera cámara, y el alemán con el que suscribe[,] en segunda.

Después de haber almorzado subí a cubierta y me vi con el señor Olavarría, el cual me dijo que estaba muy agradecido de mi y que sus recomendaciones me serían muy favorables.

Todo esto que me dijo el señor Olavarría lo oyó Chávez; pero éste, como García, han negado todo. Sólo el marinero Treviño dijo que era verdad que yo había dicho las palabras a que me refiero cuando íbamos en el bote.

Como a las once de la noche poco más o menos encontramos en alta mar un buque americano, la *Adams*, y fuimos trasbordados a él.

Una vez que fuimos entregados a la cañonera *Magallanes*; que ya se encontraba fondeada en la bahía, el primero que se dirigió a mi fue el teniente de ministros de esta colonia señor Cruz, haciéndome desnudar de toda mi ropa, registrándome hasta la última costura de mis calzoncillos. Lo único que se me encontró en mis bolsillos fueron dos pesos y treinta centavos. ¿Acaso no podía tener yo semejante cantidad? Todo se me quitó hasta un cortaplumas.

Momentos después fui llamado por el exgobernador Dublé Almeida y al presentarme ante él, en plena cámara de oficiales, me trató con las palabras más descompuestas que pueda usar gente del pueblo. También sacó de uno de los bolsillos, no sé si fue un revolver, porque con él me amenazó, de tal modo que los señores oficiales que se encontraban presentes le dijeron que qué iba a hacer, que no rebajara su dignidad. ¿Pero qué dignidad puede tener este señor, cuando él mismo aleccionó a varios de la colonia para que declararan en contra de mi porque no tenía otra víctima?

El trato que me dio durante mi prisión fue en extremo bárbaro. Se me tuvo más de un mes en un pañol de la corbeta *O'Higgins*, donde no entraba jamás la luz del día, menos una gota de aire. En ninguna república civilizada me creo que darán a los reos castigos tan inhumanos como los que efectuó el señor Lastarria, auditor de guerra, nombrado por el supremo gobierno para la tramitación de este proceso.

El día 15 del presente mes se nos comunicó la sentencia por el señor fiscal e inmediatamente se nos puso en capilla, no separándose desde ese momento de nuestro lado el muy amable fray Mateo Matulski, el que creo nos acompañará hasta el momento que entreguemos nuestras almas al Supremo Hacedor.

Me voy enteramente agradecido de toda la oficialidad de las corbetas *Magallanes* y *O'Higgins*, como así mismo de los dignos oficiales de artillería de marina y especialmente del apreciable caballero teniente señor Elías Yañez.

Punta Arenas, marzo 16 de 1878. –A mi amigo estimado señor don Joaquín Gómez le dedica este triste recuerdo su desgraciado amigo y S.S. –ISAAC POZO
MONTT